

# europa - un interrogante

JOSE ANTONIO LEUNDA •

**O**RTEGA Y GASSET, en vísperas de su primer viaje a América, meditaba sobre qué sería aquello que próximamente visitaría: "¿Qué será la Argentina? ¡El Río de la Plata, el Paraná, el Chaco, Tucumán, la Pampa, Buenos Aires!... ¿Qué será la Pampa, desde la cima sensitiva de mi corazón?" Suponemos con razón que estos parajes le serían a Ortega hartos conocidos, a través de sus lecturas, conversaciones y epístolas, pero podemos comprender su meditada ignorancia en aquella víspera, podemos barruntar el enigma vital que enfrentaba. ¿Qué será la Pampa desde la cima sensitiva de mi corazón? Es decir, ¿qué será aquello que mi razón puramente racional me ha enseñado, pero que vitalmente no conozco? Ortega, ya en 1916, año de su primer viaje a América, advertía, tal vez sin ser conciente de ello, el fracaso de la razón racional, fracaso que luego denunciara a conciencia en escritos posteriores cuando redondea su concepto de la razón vital, y más aún cuando adelanta audazmente lo que consideramos su pensamien-

to inconcluso: su razón histórica, anunciada en 1935 en "*Philosophy and History* (Oxford University Press)", conocido luego bajo el título de "*Historia como sistema*" en 1941.

Con similar enigma vital se enfrenta el hombre auténtico de este lado del Océano, cuando se ensimisma pensando en qué será esa Europa tan extraña por lo no vista, pero para él tan traída y tan llevada, desde que ese hombre tiene uso de su razón. Desde su tierna infancia Europa le es presente, como a Ortega le era presente América: librescamente. Pero, ¿qué será Francia y Alemania y sus catedrales? ¿Qué será España, sus mesetas y villorrios y su gente?

Claro es, sin embargo, que estos interrogantes vitales no los elimina un viaje a Europa. La razón racional, la que Ortega llamara también la "*razón eleática*", nos habilita para plantearnos el problema; la conciencia de la próxima visita nos abre los ojos, nos patentiza el, hasta entonces, latente problema. Pero queda otro paso todavía intermedio: el hollar

aquellas tierras y naciones, el impacto sorprendente aunque esperado que recibe nuestro espíritu abierto, sin guardia, nos crea una confusión tal, que diría, echa por tierra la construcción tan paciente y esforzadamente trabada, que nos habíamos hecho de lo que era Europa, desde nuestras primeras lecturas escolares.

Y caemos en la cuenta entonces que Europa es, sí, lo que habíamos leído, lo que nos habían dicho, pero que también no lo es, que tampoco lo es, que a lo sumo, también es otra cosa. Y sentimos quizá por vez primera, lo que es una paradoja que no acertamos a resolver.

Las comunidades sociales son como los individuos y sólo pueden entenderse desde dentro. En última instancia, el único ser en esta tierra que me conoce, el único que puede comprenderme cabalmente, soy yo mismo. Adviértase que echamos mano del verbo "poder"; el conocerse por medio de mí mismo no pasa de ser una posibilidad y, a veces, bastante remota; sólo Dios conoce necesariamente.

¿Qué nos sucede a nosotros americanos, plantados así en Europa? Pues que estamos en lo nuestro y en lo ajeno, como si súbitamente yo fuera constitutivamente yo y el otro, pero en un todo todavía disociado y por lo tanto confuso. Nave al garette que recibe la brisa y la acuosa corriente impulsadora, pero que no acierta con el timón a enfilear el rumbo hasta su puerto. Es que, insistimos, entrar en otra comunidad, como entrar en el otro, es imposible en la medida en que yo me entro dentro de mí. También las comunidades sólo pueden ser comprendidas acabadamente por sí mismas, sólo ellas pueden ensimismarse dentro de sí y no en otras, y al igual que al hombre individuo, a ellas también las ronda

el tremendo riesgo de llegar a desconocerse, de no entenderse (1) Sea de todo ello lo que fuere, lo cierto es que Europa sólo se comprende, si también se está dentro de ella. La confusión que nos produce el repentino encuentro con el continente viejo nos aclara y afirma en este primer concepto y ello es algo ya, y decimos que ello es algo, pues estamos convencidos que para poder resolver un interrogante, es menester primero confundirse en él, estar en él, sentir a él. Así, Europa se vuelve toda un interrogante para el americano, todo un problema aún irresoluto, pero pleno, desde el momento que ese americano se planta en ella con ojos curiosos.

Europa nunca será para un americano lo que es para un europeo, pero tampoco Europa es lo mismo para un español o un holandés. Sin embargo de ello, Europa es todo ello, es todos estos "ser para", como la verdad es toda una, aunque existan verdades parciales que nosotros por mera simplicidad llamamos "*desprendimientos*" de la toda y única verdad (2).

(1) Qué son acaso las épocas de crisis de un individuo o de una colectividad sino períodos agónicos en que uno u otra se debaten en la mar de confusiones porque han dejado de ser conocidos de sí mismos. Es que una crisis es ni más ni menos que el período intermedio entre un conocimiento que se ha abandonado y otro conocimiento al cual aún no se ha arribado. Las comunidades se desconocen de tiempo en tiempo y entran así en períodos de profunda crisis, ya no saben sobre qué supuestos viven y, es más aún, ni saben cuáles son sus fines. ¿Qué fue acaso la crisis del Imperio Romano? ¿Y la decadencia de la España imperial?

(2) Creemos que el proceso puede entenderse tomando justamente la dirección opuesta. Todas las que mal llamamos verdades parciales integran la verdad total, de abajo hacia arriba. La verdad única no existiría, al menos para nosotros, sin la simultaneidad de todas estas pequeñas grandes verdades.

La cuestión reside entonces en que el hombre está adscripto, diría que casi sin remedio, a la comunidad en que se ha desarrollado, y no puede entrarse en otra comunidad y vivir en una dos vidas simultáneas, sin disociarse. En esta tensión, quizá tan virtuosa, se asienta la confusión y problema de que hablamos. Europa en sí no es un enigma, pero entre otras cosas, que constituyen su verdad única y total, es un enigma, faceta que sólo advierte, como extraño privilegio, el foráneo, el que no puede verla desde dentro.

El americano advierte el enigma que le llega diligente por vía de la contradicción: ¿es Europa una, o un mosaico de naciones? ¿Es Europa vieja, o es siempre algo nuevo? ¿Es ella estructuralmente social, o ello es simplemente una condescendencia de lo individual para salvar justamente al individuo? Estos y otros muchos interrogantes hacen que el americano que pertenece a Europa pero que es extraño a ella, sienta que traspasa su íntimo ser la corriente del arco voltaico entre dos polos opuestos y ello lo estremece y pone tenso. Siente que Europa es una, pero también siente que es diversa. Sabe que Europa es vieja pero lo sabe nada más que porque ella ha vivido mucho tiempo, pero ¿quiere esto decir algo?, ¿quiere esto decir que es vieja? Porque advierte también que Europa sigue creando, editando, nos sale con cosas nuevas, con lo inédito, y ésto es lo nuevo. El que crea es siempre novedad y sorprendentemente advertimos que lo viejo

está aún en nosotros que no editamos, en nuestra América que todavía no quiere crear, que todavía no quiere ser nueva, aunque tiempo hace que la llamamos el nuevo continente. Rara acrobacia mental ésta, pero que nos enseña que de viejos nos podemos tornar a nuevos sin que necesariamente lo nuevo se torne viejo.

Europa es vitalmente, desde el solo ángulo que la podemos enfocar, todo ello, su pasado y su futuro, que constituyen así su presente. Es hoy irremediamente lo que fue y lo que pretende ser, es por ello tan vieja y tan nueva, tan encasillada en conceptos previos y tan plena de proyectos.

Pero quedémonos aquí; somos solamente una cuerda tensa que vibra ante la incitación de todo lo visto y vivido. Las contradicciones no se resuelven sin la ayuda del tiempo, tan temido por el ser humano pero necesario lubricante de la vida.

Antonio Largo Carballo (3) nos recuerda que Ortega demoró catorce largos años en proponer siquiera una respuesta a aquellos interrogantes que se le plantearon en el lejano 1916 de sus años mozos. Hubo de mediar una segunda visita para que en "*La Pampa... promesas*", en "*El Espectador*", arripara una interpretación del sentir americano.

En la interpretación de Europa y el hecho europeo, sentimos muy dentro la misma inhibición demoradora que asaltara al maestro español. ♦

(3) "*Ortega y América*" en "*Cuadernos del Idioma*", Buenos Aires, Año II, Nº 6.